

El presente determina el futuro

La eternidad—it tiempo que nunca acaba! El estado de una persona allí está totalmente dependiendo del presente—lo que haces durante este tiempo. Tu destino eterno será decidido por si confías o no en la sangre redentora de Cristo y si aprovechas Sus méritos a través de la fe y obediencia.

Consideremos hoy la cercanía de nuestras almas al encuentro con la muerte. David declaró solemnemente: “apenas hay un paso entre mí y la muerte” (1 Samuel 20:3). La muerte es un paso seguro, y aún así es un paso incierto con respecto al tiempo, lugar, y manera. Aún más, es un paso solitario en el que no nos acompañan otros seres humanos. Sólo Cristo puede ir con nosotros a través de ese valle oscuro.

¿Estás preparado para ese momento y para la eternidad que lo sigue?

La Biblia enseña cómo prepararse para la eternidad y disfrutar vida eterna con Cristo: “Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2:38).

J.R.E.

Traducido por: G.J.M.

© 2012 Word Aflame Press
8855 Dunn Road, Hazelwood
MO 63042-2299
www.pentecostalphublishing.com
Tratado #24257

ISBN-13: 978-0-7577-4265-1
ISBN-10: 0-7577-4265-3



9 780757 742651

Una respuesta bíblica
a esta pregunta vital.

For Preview Only

¿Qué sucede
después de la muerte?

¿Qué sucede después de la muerte?

• Puede alguien pensar en una pregunta más pertinente? Todos nosotros pasamos a través del angosto callejón que nos lleva de esta vida a la siguiente—el callejón que llamamos muerte. Todos experimentaremos esa transición a un nuevo mundo, a otra existencia más allá de la vida y del mundo que conocemos hoy.

Consideremos por un momento la experiencia personal que tendremos con la muerte. Un día nuestras manos serán cruzadas sobre nuestro pecho sin vida, y nuestros ojos estarán cerrados mientras nuestro cuerpo recorre por última vez el camino al cementerio. Las cortinas púrpuras se cerrarán. Alguien dijo: “El camello negro de la muerte se arrodillará para cada uno de nosotros a nuestra puerta, y no tendremos otra opción que montarlo y cabalgar hacia el desierto de la oscuridad.” La muerte no hace acepción de personas.

¿Qué hay más allá de la vida?

Sólo podemos especular con relación a ciertos aspectos del futuro. No conocemos lo que nos depara el futuro, pero sí conocemos a Aquel que tiene el futuro en Sus manos. Y es Él quien nos ha revelado bastante con respecto al futuro.

Aquel que conoce el fin desde el principio, el futuro así como el pasado, revela en Su Palabra que en la muerte el cuerpo regresa a la tierra, mientras que el

alma va a un destino temporal para esperar el juicio final. Cada uno de nosotros determina en esta vida cuál será nuestro destino; dependerá de nuestra respuesta al plan redentor que Dios diseñó para librar al pecador de la condenación eterna.

Podríamos ascender a un lugar de paz en la presencia de Dios, como declaró Pablo en 2 Corintios 5:8. Es posible que moremos eternamente en un lugar de felicidad, éxtasis, y satisfacción, sabiendo que nuestra redención ha sido cumplida, que hemos terminado nuestra carrera en fe, y que estamos siendo recompensados. O podemos descender a un lugar de sufrimiento, para ser detenidos allí hasta el juicio final, y luego ser sentenciados al castigo eterno del lago de fuego. (Vea Mateo 25:46; Lucas 16:22-26; Apocalipsis 20:11-15.)

Ambos lugares son, en un sentido, temporales, porque allí esperaremos hasta que nuestras almas sean reunidas con nuestros cuerpos en la resurrección. Jesús describió la resurrección en Juan 5:22-29, y Pablo habló en detalle de la primera resurrección en 1 Tesalonicenses 4:16-17.

La resurrección de los justos y la resurrección de los injustos están separadas por mil años de paz en la tierra (Apocalipsis 20:2-7). Los justos serán aquellos que han sido redimidos por la sangre del Cordero—bautizados en Su nombre y llenos de Su Espíritu; los injustos serán aquellos que han rehusado rendirse a las condiciones del evangelio.

Recompensa final de los justos

Para aquellos que son salvos, habrá una ciudad no hecha de manos—la Nueva Jerusalén. Esta ciudad se describe en Apocalipsis 21 como el hogar eterno de los redimidos.

En esta ciudad faltarán todas las cosas malas que se encuentran en cada ciudad grande de la tierra. No estarán todo el crimen y la violencia. El pueblo de Dios caminará las calles de oro sin temor de que lo molesten.

Apocalipsis 21:18 describe el muro de esta ciudad como jaspé y la ciudad misma como oro puro. No habrá necesidad del sol o la luna allí, porque el Cordero será la luz de la ciudad (Apocalipsis 21:23).

Y, maravilla de maravillas, los redimidos disfrutarán las bendiciones de la ciudad eternamente. El poeta dijo:

Quando hayamos estado allí diez mil años,
Brillando como el sol,
No tendremos menos años para cantar
alabanzas a Dios
Que cuando comenzamos.

El destino de los malos

Para los incrédulos está el “lago que arde con fuego y azufre” (Apocalipsis 21:8). Las únicas emociones allí serán la agonía y el remordimiento; y de aquel lugar no habrá escape.